



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XXVII. De como salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XXVII.

De como salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.



o le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucía ó roja de buey donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóle la ventera que para que le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de don Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huesped el del bálsamo y el amo del mancebo escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver; púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen (1), sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podía servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo (2) subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese un buen suceso en tan árduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido.

Mas apenas hubo salido de la venta quando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él

(1) Esto es, que la pusiesen en la cabeza el tocado ó la toca.—Arr.

(2) *Herreruelo* ó *ferreruelo* era una especie de capa sin capilla, que en el traje antiguo español servia de lo que ahora la capa. Hoy se usa este mismo herreruelo, aunque mucho mas largo y le dan el nombre de capota.—M. DEL ROMERO.

haría el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad, y que si no lo quería hacer determinaba de no pasar adelante aunque á don Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage no pudo tener la risa. En efecto el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fue informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió, que sin que se le diese licion él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo.

Otro día llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las retamas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le habian dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quien ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí que para hacer mercedes á sus escuderos mas podian los emperadores que los arzobispos andantes. Tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra dejando á los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban.

El calor y el día que allí llegaron era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra llegó á sus oídos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades, y mas cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

¿Y quién aumenta mis duelos?

Los zelos.

¿Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo en mi dolencia

Ningun remedio se alcanza,

Pues me matan la esperanza

Desdenes, zelos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

¿Y quién mi gloria repuna?

Fortuna.

¿Y quién consiente mi duelo?

El cielo.

De ese modo yo rezelo

Morir deste mal extraño,

Pues se aunan en mi daño

Amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor ¿quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males ¿quién los cura?

Locura.

De ese modo no es cordura

Querer curar la pasión,

Cuando los remedios son

Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, todo causó admiración y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo que duraba algún tanto el silencio determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oídos cantando este

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,

Tu apariencia quedándose en el suelo,

Entre benditas almas en el cielo

Subsiste alegre á las impíreas salas.

Desde allá cuando quieres nos señalas

La justa paz cubierta con un velo,

Por quien á veces se traslaza el zelo

De buenas obras, que á la fin son malas.

Deja el cielo, Amistad, ó no permitas

Que el engaño se vista tu librea,

Con que destruye á la intención sincera:

Que si tus apariencias no le quitas,

Presto ha de verse el mundo en la pelea

De la discordia confusión primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron á esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se había vuelto sollozos y lasti-

meros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doleroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado cuando les contó el cuento de Cardenio, el qual hombre cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y así viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo así lo dieron á entender, y así respondió desta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones cuan sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria por de ningun juicio; y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpas de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oírla quieren; porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido ahorrareis del trabajo que tomáreis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á don Quijote y al cabrero pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarle hasta el fin; y así llegando al paso del billete que habia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os esti-

me; y así, si quisieredes sacarme desta deuda sin ejecutar me en la honra, lo podreis muy bien hacer: padre tengo que os conoce y que me quiere bien, el cual sin forzar mi voluntad cumplirá lo que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decis y como yo creo.

Por este billete me movi á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedó Luscinda en la opinion de don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fue el que le puso en deseo de destruirme antes que el mio se efectuase. Dije yo á don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquiera otro linage de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion, le dije que no me aventuraba á decirselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuales eran, sino que me parecia que lo que yo desease jamas habia de tener efecto. A todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Oh Mario ambicioso! ¡oh Catalina cruel! ¡oh Sila facineroso! ¡oh Galalon embustero! ¡oh Vellido traidor! ¡oh Julian vengativo! ¡oh Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿qué ofensa te hice? ¿qué palabras te dije, ó qué consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente desde las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda! ¡Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, es tomarme á mí una sola oveja que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añedemos el roto hilo de mi desdichada historia.

Digo pues, que pareciéndole á don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que ofreció hablar á mi padre, compró, y quiso que yo fuese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura (1) como yo de la traicion de don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, de lo que tardase mi padre en hablar al suyo. No sé que se fue, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablabamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concebía con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sos-

(1) *Tan segura* quiere decir aquí *tan ajena ó ignorante.*—C.

pechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acacimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendía mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llevarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividía; pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada.

Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de don Fernando, fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduria (1); y todo fue invencion del falso don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fue este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en la ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedeci como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los cuatro dias que allí llegué llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temerosa y con

sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre antes de leerla quien se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino: dijome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de medio día, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: hermano: si sois cristiano como pareceis por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor; y para



(1) Esto es, sin su conocimiento ó noticia. Sabiduria en esta acepcion es palabra anticuada.—C

que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esta carta que os he dado. Y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba; y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosla, y en diez y seis horas que ha que se me dió he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agracedido y nuevo correo esto me decia estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y ví que contenia estas razones.

*La palabra que don Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo; y si os quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega que esta lle-
güe á vuestras manos antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.*

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia gran-geada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocila yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mis determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, pusóseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos

tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos (1) que me dió el corazon mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarria cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir los colores, que eran encarnado y blanco, y las vistumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¡De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifesto agravio procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura, que no solo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento.

Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre iglesia!* Yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡O quién se atreviera á salir entonces diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte que al decir tú sí, y el acabármeme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus descos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme: en fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *si quiero*; y lo mismo dijo don Fernando, y dándole el anillo quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cual quedé yo viendo en el sí que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda,

(1) *Sobresaltos* es impropio. Del corazon no se dice que da sobresaltos sino saltos.—C.

imposibilitada de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luego y se lo puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese.

Yo viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado; y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio (1) fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y egecutar en mi la pena que ellos merecian; y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillase: sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desató la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado. Y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la disculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo ó un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculpáran, pues antes de ofrecérseles don Fernando no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entrenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos.

Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia donde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte, luego me encaminé á ella con

(1) O tan ajenos de pensar en mí.—P.

intencion de acabar aqui la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspa-



do de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciéndome mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando, y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida (1), hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de don Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle.

Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: ¿decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habeis visto? Y no os can-

(1) Como si dijera, la extremidad, el fin, lo que resto de mi miserable vida.—C.

seis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere: yo no quiero salud sin Lusinda; y pues ella gusta de ser agena siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será egeemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte.

Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia-y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta (1) parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Ben-Engeli.

(1) En el capítulo siguiente, que es el XXVIII, comienza la cuarta y última parte de los cuatro en que Cervantes dividió el primer tomo.—A.

